

VETERINARIA & HISTORIA

LA VETERINARIA CLÁSICA GRECO-ROMANA

En una anterior glosa acerca de la veterinaria en la Edad Antigua, se comentaron ampliamente algunos de los hechos más destacados de la práctica veterinaria de Egipto, Mesopotamia, Asiria, India y China, revisándose algunos de los hallazgos precientíficos de mayor valor historiográfico.

A pesar de las importantes aportaciones médico-sacerdotales de la veterinaria de la antigüedad, es preciso reconocer que el ejercicio clínico carecía de un criterio sistemático y mucho más de una doctrina coherente.

La racionalización de la medicina clínica y del afianzamiento de unas bases terapéuticas estables se iniciaron sin duda alguna en Grecia. Este florecimiento no fue, por supuesto, un hecho repentino ni insólito, sino que ocurrió tras un largo período de incubación gestada en una paz que invitaba al cultivo del espíritu. El nacimiento científico no fue patrimonio de Grecia, sino que Grecia fue el filtro en el que se fijaron muchas de las doctrinas y conocimientos que no habían pasado en la antigüedad de un cierto empirismo.

La razón de ello fue la desmembración de las ataduras que la magia imponía a cualquier posibilidad de desarrollo intelectual. La Humanidad había recorrido un largo camino y era hora de sentar conclusiones sobre los hechos más sobresalientes del cos-

mos. La Ciencia de la antigüedad clásica griega fue fértil en prácticamente todos los aspectos del saber, entre los cuales, como no, cabía también el progreso veterinario. En realidad, opinamos que pese a haberse definido anteriormente la profesionalidad especializada en medicina animal, faltaba una asimilación de esta a los problemas biológicos, y ello llegó por diversas vías: una a través del perfeccionamiento de la Agricultura (fueron muchos los tratadistas agrícolas que se interesaron por los animales domésticos), por el progreso de las Ciencias Médicas en general (asimilación de la medicina animal a las teorías hipocráticas) y por último por el avance general que experimentaron las Ciencias Naturales. Los tres caminos convergieron en el nacimiento de una nueva ciencia que tuvo numerosos practicantes (hippiatroi).

La mayor parte de la información que poseemos sobre la veterinaria griega nos ha llegado a través de la romana, de la que fue subsidiaria. Los autores que trataron sobre agricultura y ganadería fueron más de 40, entre los que podríamos destacar personajes tan destacados como Demócrito, Jenófanes, Aristóteles y Teofrasto.

DEMÓCRITO DE ABDERA, creador de la teoría de los átomos, fue contemporáneo de Hipócrates, con el que mantuvo correspondencia. Aunque no ejer-

ció las ciencias médicas en ningún aspecto, fue un gran observador de la naturaleza: curioso y ávido del saber, se dedicó con gran afición a la anatomía, escribiendo una serie de artículos sobre la carne, anatomía del camaleón y otras especies, de la fiebre, de las enfermedades, etc., no escapándose de su atención ni la agricultura ni la ganadería.

JENÓFANES DE COLOFÓN fue otro destacado filósofo, que intuyó la geología a base del reconocimiento de fósiles marinos en tierra firme, sentando las bases de la paleontología.

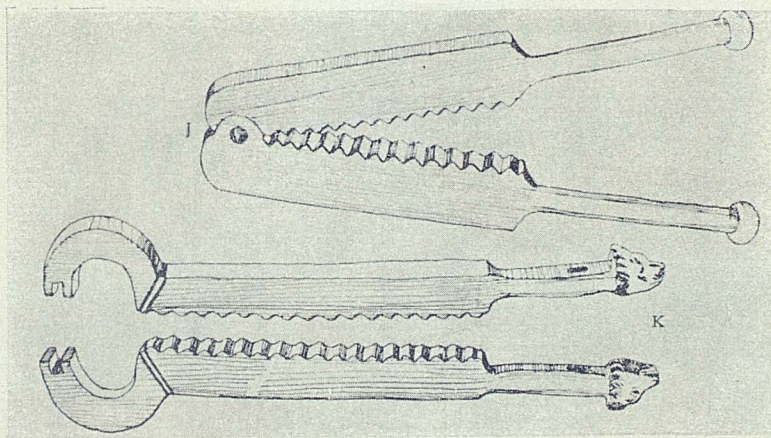
ARISTÓTELES, discípulo de Platón, fue uno de los primeros investigadores natos e intérpretes de la naturaleza; hombre de envergadura universal, se ocupó de todas las ramas del saber, dejando obras tan singulares como «*Historia de los Animales*», «*Partes de los Animales*» y «*Generación de los Animales*», libros en los que se basaron muchos de los biólogos de la antigüedad como principios inamovibles del saber. Su obra original es una de las más completas que hayan existido jamás, pues describe quinientas cuarenta especies animales con sus peculiaridades: incluyó a los cetáceos y murciélagos entre los mamíferos (tetrapoda zootunkta: cuadrúpedos), estudió embriología, enfermedades, agricultura, etc. La revisión meticulosa de todos los aspectos de interés veterinario de la obra de Aristóteles nos apartaría del objetivo de este ensayo, no obstante podemos anotar que se refirió a la rabia del perro, al carbunco «*los cordeiros mueren con los riñones deshechos...*», la peste bovina, indigestiones, etc.

TEOFRASTO fue un discípulo de Aristóteles que escribió diferentes trabajos como cabeza del liceo Estratón de Lámpsaco, fue un defensor de las teorías mecanicistas del Universo.

Pese a las numerosas citas más o menos directas de los diferentes filósofos con respecto a la agricultura y ganadería, y a la dedicación profesional de los «hippiatroi», desconocemos la existencia de un libro verdaderamente hipiátrico en su contenido. Lo cierto es que la veterinaria sufrió un fuerte impulso en el período del helenismo, posiblemente por asimilación de los conocimientos de los países de Oriente y Mesopotamia, muy aficionados a la cría del caballo.

Los autores latinos y los profesionales greco-romanos, no sólo fueron unos excelentes prácticos como clínicos, sino que a través de los mismos hemos podido llegar a un cierto conocimiento de la medicina animal tal y como era en la antigüedad. MAGÓN EL CARTAGINÉS, que describió al hipiatra con la palabra «batar», CASIO DIONISIO DE ÚTICA, DIÓFANES DE BITINIA, CATÓN y MARCO TERENCIO VARRÓN constituyen la primera fase de la bibliografía veterinaria en un sentido plenamente especializado: el primero fue cartaginés, los dos siguientes griegos y los dos últimos romanos. Sus obras pueden incluirse todas entre el I y II siglos antes de J.C.

Durante esta época, la más remota dentro de nuestra historia profesional y en la que la veterinaria poseía una doctrina establecida, las transcripciones abundan en el elevado concepto que habían adquirido los hipiatras romanos, descendientes de los hippiatroi griegos, en la sociedad.



Marco Terencio Varrón, autor de «Res rusticae» y hombre de grandes influencias, significó el elevado rango que merecían los hipiatras en las legiones, reconociéndoseles que sus sistemas de trabajo tenían unas directrices de eficacia y madurez, manifestando asimismo el papel de los hipiatras griegos en la resolución de «la gran cantidad de enfermedades que padecen los caballos». En su concepto patológico, no define apenas las causas de las enfermedades a las que atribuye directamente el calor, el frío, el exceso de trabajo, el escaso trabajo y el desarreglo en las comidas: «...cuando un caballo está afectado de calentura, y con la boca abierta, y con jadeo y con calor corporal, el tratamiento consiste en mojar abundantemente al animal con agua fría, frotándolo constantemente con aceite y vino caliente, alimentándolo, cubriéndole para evitar el enfriamiento. Si tiene sed, darle agua tibia. Si el tratamiento no diese resultado alguno, el animal deberá sangrarse en la cabeza...»

Entre esta veterinaria arcaica y la

que sucedería unos siglos más tarde apenas hubo diferenciación palpable. De aquella época nos han quedado algunos testimonios escritos —muy escasos— y piezas de instrumental: cauterios, pinzas, lancetas, pujavantes, etcétera.

El advenimiento de GALENO (siglo I después de J.C.) supuso unos aires de renovación en la medicina animal, la cual pese a utilizar unos métodos considerablemente distintos a los de la medicina, se rehizo y adquirió un nivel científico considerable. El propio Galeno ejerció la medicina animal y se sabe que muchas de sus deducciones las obtuvo tras disecciones en animales domésticos como el perro, el cerdo y en pequeños rumiantes.

Después de Galeno, la hipiatria entró de lleno en la escuela metodista iniciada por Themison de Laodicea; el establecimiento de las bases galénicas tanto desde el punto de vista anatómico como patológico fueron pilares incólumes que se mantuvieron hasta bien entrado el siglo XVIII. Los veterinarios post-galénicos fueron evi-

dentemente los creadores de una serie de doctrinas que se repetirían posteriormente con escasas variaciones fundamentales hasta la Edad Moderna.

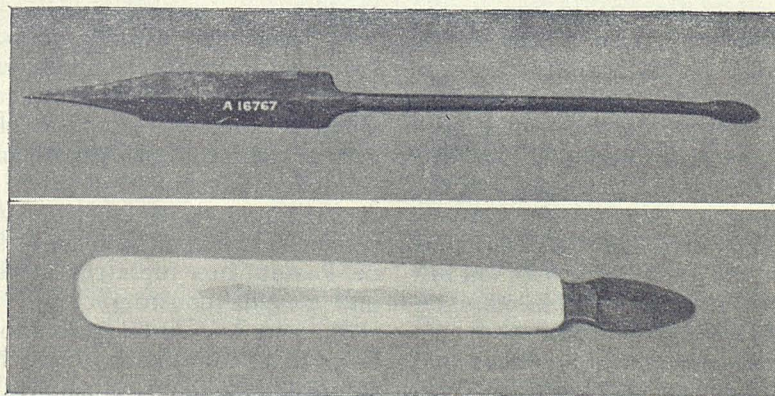
Los cuatro personajes de mayor relieve en esta época fueron: QUIRÓN, ASPIRTO, VEGECIO y COLUMELA. El más antiguo de los cuatro fue Columela, nacido en Cádiz —antigua colonia fenicia y cartaginesa— al principio de nuestra era, él fue quien introdujo por primera vez la palabra «*veterinarius*», posiblemente por latinización del término «*batar*» de origen semítico utilizado por el cartaginés Magón. Anteriores denominaciones latinas antes de la introducción del «*veterinarius*» fueron «*hipiatros*», «*tomeus*», «*cteniatros*», etc. Columela fue muy conocido y considerado como autor de una obra maestra digna de figurar en los prólogos de casi todos los libros de enfermedades del caballo hasta bien entrado el siglo XVII.

La obra de Columela «*De re rustica*» fue muy interesante, pues éste como profundo conocedor del campo y de

la ganadería, describió de forma muy concisa muchos aspectos prácticos orientados hacia el pastor-curandero (lo que él llamó «*veterinarius*»), siendo ante todo una recopilación de datos sobre alimentación, enfermedades, etc.; resumiendo no sólo muchos datos comprobados por su dilatada experiencia personal, sino la mayor parte de conocimientos de su tiempo.

Describió los «campos malditos» afectados de carbunco, enfermedad denominada «*ignis sacer*» por OVIDIO, TITO LIVIO «*Scabiae alia absumpta, vulgatique contaetu in homines morbi, et primo in agrestes ingruerant sevitiaque, urbs deinde impletur*» (el nombre de *scabiae* no podía ser más que el carbunco cuyas víctimas más afectadas eran los sacerdotes y sus ayudantes). VIRGILIO narró con todo detalle una enzootia carbuncosa en los Alpes y Columela llamó al «*ignis sacer*» la pústula de los pastores.

Entre las obras denominadas «pastoriles», las *Geórgicas* de Virgilio ofrecen aspectos varios sobre enfermedades diversas de los ruminantes, perro y de la peste en otros animales.





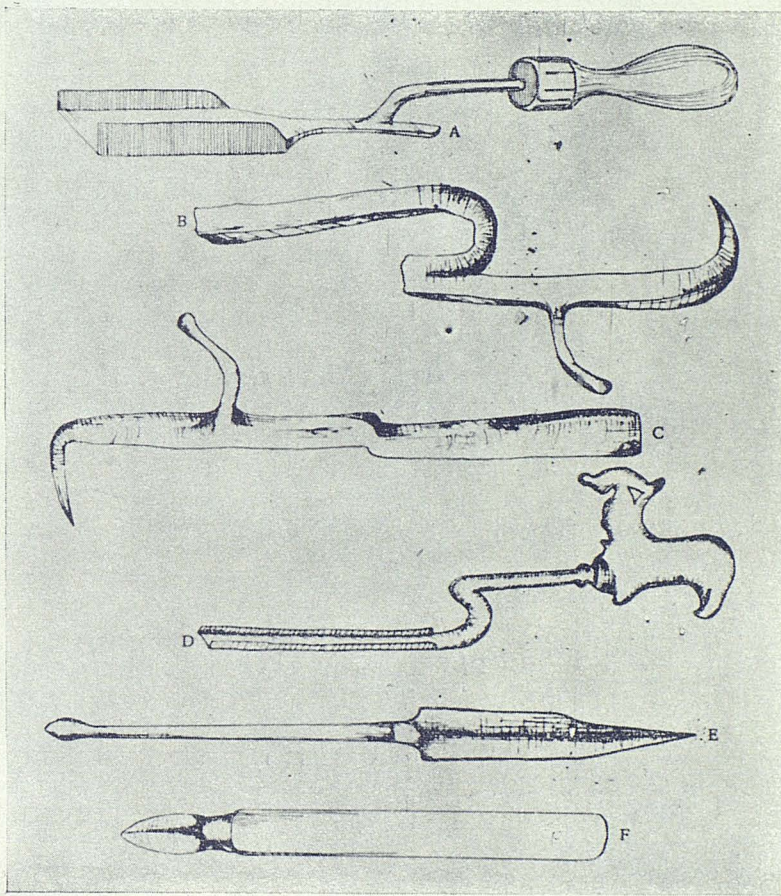
PUBLIO RENATUS VEGETIUS fue autor de un tratado de Mulomedicina, réplica de otro que había sido escrito por Quirón. Otro tratadista destacado fue CELSO que nos ha dejado una enciclopedia del saber médico, conteniendo una magnífica descripción de la rabia en el perro.

La literatura veterinaria fue escasa durante los siglos II y III de nuestra era, posiblemente habría obras escasamente originales que se han perdido. Se sabe muy poco acerca de la personalidad de los hipiatras, pese a que los vestigios arqueológicos nos muestran algunos detalles de la existencia de un instrumental de trabajo bastante completo. Inscripciones funerarias con el nombre de «*hippiatro*» nos han mostrado la diversidad de rangos que ocuparon estos; sin duda muchos estuvieron enrolados en las legiones y otros al cargo de las caballerizas imperiales. Sabemos que un tal METRODORO DE LAMIA, en Tesa-

lia, fue nombrado ciudadano de honor gracias a sus servicios a la comunidad, otro llamado EUTICOS ostentaba el grado de Hipiatra del Emperador, HERÓFILO (*medicus equarius*) hombre de buena familia, intervino en un escándalo político en tiempos de Julio César, etc. La investigación histórica sobre la veterinaria romana tiene un amplio campo a desarrollar, pues los indicios de esta materia no son escasos.

La veterinaria romana conoció una época de máximo esplendor en el siglo IV, no sólo por la abundancia de obras producidas, sino por el rango que adquirieron los practicantes de la misma. Alcanzado el grado de oficial máximo en el ejército Imperial, y reconocida su misión en el servicio de Postas. Los hipiatras gozaron de una elevada consideración y estima.

ASPIRTO, nacido hacia el año 300 en la villa de Clazómenes (Asia Menor), estudió medicina y veterinaria en Ale-



jandría, siendo posteriormente el jefe supremo de los hipiatras de las legiones de Constantino el Grande, ejerciendo después de las campañas de armas como veterinario en Prusia y Nicomedia, en donde creó una pequeña escuela.

La organización de los Correos Imperiales por el Emperador Teodosio, supuso un gran reconocimiento a los «mulomedici», los cuales estaban encargados de velar por la salud de las

caballerías de las casas de postas. Significamos en este punto la observación de R. E. Walker, en la página 23 de su libro «Ars Veterinaria»: *si bien las inscripciones referentes a los que ejercían directamente la medicina animal son más bien raras, llama la atención la diversidad de nombres utilizados. Sobre ocho inscripciones distintas, hemos encontrado «mulomedicus» en tres ocasiones, dos veces «medicus veterinarius» y una vez cada*

una de estas acepciones «*medicus iumentarius*», «*medicus pecuarius*» y «*medicus equarius et venator*».

Como veterinarios del siglo V cabe mencionar a HIEROCLES, PELAGONIO, HIPOCRATE, TEOMNESTO (de la corte de Licinio), EUMELO, ANATOLIS, etc., profesionales que ejercieron casi todos en el Imperio Bizantino.

Bizancio fue en el siglo VI la gran cultivadora de las ciencias agrícolas y ganaderas; fruto de esta dedicación fue la composición de una obra recopiladora universal sobre todos los conocimientos veterinarios de la antigüedad, de la que se hicieron numerosas copias muy difundidas posteriormente a Europa y Norte de África: esta obra se titula «*Hippiatrica*».

«*Hippiatrica*» fue la recopilación afortunada de los trabajos de 17 especialistas que incluyeron en el texto lo mejor de cada autor, en ella se encuentra toda la obra de Aspiroto y la de los más afamados clínicos. Trata de numerosísimos aspectos referentes a las enfermedades del caballo: enfermedades generales, locales,

orgánicas, etc., trata extensamente de las sangrías y sus indicaciones, tratamientos, cojeras, fracturas, etc. Hay copias originales de «*Hippiatrica*» en diversas Bibliotecas Nacionales, París, Berlín, Londres, Cambridge, Roma, Florencia y Pisa.

Este gran resumen veterinario de la antigüedad, y obra cumbre de carácter enciclopédico viene a ser una base hipocrática de la medicina animal, pues no sólo recoge lo mejor de sus contemporáneos, sino que recuerda datos de los autores egipcios, griegos, babilonios, etc. La medicina del caballo ocupa un lugar destacado, aunque la obra en sí sigue un plan ciertamente incoherente dada la diversidad de autores.

Parece que la Edad Antigua cierre con «*Hippiatrica*» una fase pujante de la Medicina Veterinaria con el asentamiento de una doctrina científica bien definida. Habrían de transcurrir luego más de mil años para que se dijese algo que no se hubiera dicho ya.

F. LLEONART ROCA

